

Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. Y se le avisó, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen. (Lc 8:19-21).

Después de haber conocido a Jesús, el hombre en el cual no se halló engaño en su boca, ¿Podría alguien decir que habló incoherencias? Si hemos creído que él es quien dijo ser, sin duda creeremos también que ninguna de sus palabras estaba vacía o carente de significado y propósito. Con frecuencia, algunas de sus palabras ocasionaban disensión entre sus oyentes (Jn 10:20), unos descalificándole, y otros otorgándole credibilidad; aún sus discípulos mostraban turbación y confusión al oíralas llegando a decir: *Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?* (Jn 6:60).

Si somos honestos, aún los que la oímos después de dos mil años hemos de reconocer que son difíciles de asimilar o entender, y que si no las oímos adecuadamente, estos es, con los oídos del espíritu, caeremos en el error de darles una interpretación meramente intelectual, puramente humana.

Después de esta respuesta de Jesús no hay más comentarios, como si a propósito las Escrituras abrieran espacio para la reflexión, a la cual sólo los buscadores de Dios dan tiempo, *aquellos que caminando en la superficie no dejan de mirar en lo profundo, y que navegando en lo profundo saben que deben caminar en la superficie.* Una cosa que debemos observar es que Jesús nunca anduvo ofreciendo *novedades doctrinales*, y que desde todos los ángulos sus palabras apuntaron siempre al mismo tema: Llamar a los hombres a creer (Mr 1:15).

Si hacemos trabajar la imaginación no será difícil visualizar los gestos que aquellos hombres expresaron ante su respuesta; porque lo lógico hubiera sido oírle decir algo así como: *Que me esperen un momento, por favor; o, ábranle paso para que se acerquen; o, gracias, en seguida los atiendo; etc.* En los otros evangelios los escritores agregan la pregunta: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? y que contesta señalando a sus discípulos, lo cual hace aún más turbadora su respuesta. De pronto tuvieron quizás la impresión de que los ignoraba, o tal vez para otros una actitud de menosprecio. ¿Sería esto así? ¡De ningún modo! sería nuestra afirmación; entonces la pregunta consecuente es, pues, ¿Por qué respondió así? Como afirmé antes, Él siempre dijo lo que dijo para impulsar a los hombres a ejercer fe en él, y ésta no era la excepción. Su respuesta es una alegoría comparativa que lleva a una definición, la sustancia comparativa consiste en hacer relevante la importancia fundamental del CREER, que podemos entender si nos hacemos la siguiente pregunta: ¿Podríamos imaginar la vida sin la paternidad y la hermandad? Simplemente: No; así como la vida no puede ser sin la paternidad y la hermandad, tampoco se puede entrar a la vida eterna sin el creer, Jesús mismo estaba sujeto a este principio, él fue engendrado (Sal 2:7) y le fueron dados hermanos (Heb 2:11), esto es lo que hace relevante la importancia fundamental de creer. La definición consiste en que *el que oye la palabra, la hace*; rápidamente diremos que muchos oyen y no hacen; pero no olvidemos que para Dios *oír es sinónimo de creer*, porque cuando él habla no lo hace hacia las orejas, es decir, al oído fisiológico, sino al corazón; por eso es que Jesús dijo: *"Porque oyendo no oyen"* (Mt 13:13); así que para Dios el que lo oye es porque lo hace con el corazón, es decir, porque le *cree*, y si cree, entonces hará; por esto mismo dice el salmista: *Creí, por tanto, hablé* (Sal 116:10 a). Así de esta manera tan insólita Jesús magnifica lo importante y fundamental que es CREER, lo cual constituye el binomio: OÍR Y HACER.

Los que le miran sólo como un ser humano portentoso están hundidos en su asombro diciendo: *¿Quién es éste, que aún a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?* A los cuales continúa Jesús preguntando: *¿Dónde está vuestra fe?* (Lc 8:25). Pero los que han oído la palabra de Dios hacen la *primera y continua obra que Dios manda: CREER EN EL QUE DIOS LES HA ENVIADO* (Jn 6:29), y así son elevados a la sublime posición de *madre y hermanos de Jesús.*

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava